

que, com demostra el professor Brancacci, veieren en ell un model, un dels darrers exemples del món clàssic.

L'autor, estudiós del pensament antic, estructura el seu treball en dues parts. La primera, dedicada a l'època imperial, examina els testimoniatges d'autors com Filóstrat i Sinesi principalment, a més d'altres menys il·lustratius, com Eunapi i Femisti. L'anàlisi dels textos resulta gairebé exhaustiva, i ofereix l'avantatge que els textos estan, si no totalment, en gran part reproduïts en llengua original. En l'esmentada anàlisi, Brancacci ressalta la manipulació que de l'obra i la figura dionea fan els seus glossadors, la qual cosa és facilitada pel caràcter polifacètic de Crisòstom. En efecte, els més antics testimoniatges fan recaure en Dió la doble condició de filòsof i orador (d'aquí ve el nom del llibre).

Així, els autors de l'època imperial veuen en la seva persona el perfecte retrat de l'intel·lectual —a la manera dels antics sofistes— que reuneix teoria i pràctica en la seva activitat, i que s'interessa principalment per la política i la moral. Molt diferent és, tanmateix, l'ús que en fan els autors bizantins, a la recerca més d'un ideal estètic que d'un model polític o ètic. La claredat i la senzillesa de l'estil de Dió unida a una certa solemnitat, que l'acosta, d'una banda a Lísias, i d'una altra a Plató, són les seves virtuts més preades aleshores per Foci, Aretas i la resta de figures de l'època. Aquesta preferència no és, però, com molt encertadament assenyala el professor Brancacci, deguda a motius exclusivament d'ordre estètic, sinó també ètic, ja que, d'acord amb les teories, aleshores en boga, d'Hermògenes, l'estil és el reflex del caràcter, i la pulcra elocució de Dió demostra un caràcter que la fa digna d'imitació per qualsevol autor cristià. Clou el llibre

una breu exposició de la història del corpus dioneu.

Finalment, acabem posant de manifest la utilitat d'aquest llibre, no tant sols per als especialistes, sinó també per a tots aquells que vulguin aproximar-se a aquest període de la cultura grega tan desconegut i poc estudiat a les nostres facultats. La perfecta estructuració del llibre (trobem potser a faltar una petita aproximació prèvia a la figura de Dió) i la riquesa de la documentació fan grata la seva consulta i lectura.

Santiago Pérez Orozco

H. MACCOBY

Judaism in the First Century

136 p., «Sheldon Press».

Londres 1989.

ISBN: 0-85969-550-6

Con este volumen, la editorial Sheldon inicia la serie «Issues in Religious Studies», bajo la dirección de P. Baelz y J. Holm. Aunque el título del libro alude a la trayectoria del judaísmo en el s. I de la Era Cristiana, su tema primordial se centra en el estudio de los vínculos de Jesús de Nazaret con la αἵρεσις de los fariseos. Como manifiesta el autor en la página 1, ante la hostilidad del Nuevo Testamento hacia las creencias judías coetáneas, ha empleado también otras noticias que proceden de: a) la literatura intertestamentaria, sobre todo los libros pseudoepigráficos; b) los Rollos del Mar Muerto; c) los escritos de Flavio Josefo y Filón de Alejandría; y d) el «corpus» literario

de los rabinos, fundamentalmente las obras tanaíticas y los posteriores *Talmuds* y *Midrashim*. De este modo, en el capítulo primero analiza el autor las opuestas doctrinas de fariseos y saduceos acerca de la «Torah» Oral o conjunto de tradiciones destinadas a explicar la «Torah» Escrita, las innovaciones que pudieran adoptarse en Israel y la obediencia a las autoridades civiles y religiosas.

En el segundo capítulo, H. Maccoby hace una exposición de los diversos grupos religiosos que intervienen en el mundo judío a lo largo del siglo I dC. Esas tendencias son: a) los fariseos; b) los saduceos, quienes hoy tienen continuadores en los caraitas, que se singularizan por oponerse también al judaísmo rabínico; c) los samaritanos, de los que en la página 17 se dice que siguen ofreciendo en la actualidad víctimas del reino animal en el Monte Garizim, en contraste con el término de aquellos sacrificios en Jerusalén a raíz de la destrucción del Templo en el año 70 dC; d) la secta de Qumrán, a cuyos miembros considera el tratadista en las páginas 18-22 distintos de los esenios, y el resultado de una escisión en el saduceísmo, originada por la naturaleza corrupta y demasiado complaciente de los saduceos; e) los apocalípticos, de quienes suponen los escritos más representativos el *Libro de Daniel*, el *Primer libro de Henoc* y el *Apocalipsis de Juan*; f) los «hasidim» y zelotas, subgrupos ambos de los fariseos; g) los judíos de la Diáspora, con peculiar hincapié en los que vivían en Alejandría, Antioquía, Roma y Egipto (templo de Leontópolis y hebreos sincretistas de la Isla Elefantina); y h) los judeocristianos, que formaban dentro del Pueblo de Israel el αἰρεῖσις de los nazaritas. Para H. Maccoby, los judeocristianos sólo se diferenciaban de los restantes judíos

por el hecho de aceptar la idiosincrasia mesiánica de Jesús de Nazaret. Igualmente, los nazaritas eran vistos por los fariseos con buenos ojos, como se infiere de los retratos en los *Hechos de los Apóstoles* de Ananías de Damasco y Gamaliel, y de las protestas farisáicas, por la ejecución del apóstol Santiago el Menor, jefe de los judeocristianos, que había sido ordenada por el Sumo Sacerdote Anano (Flavio Josefo, *Ant.*, XX, 9, 1).

En el tercer capítulo, dedicado monográficamente al fariseísmo, se hallan varias ideas claves de la obra, en las páginas 39, 45-46 y 49. La primera de ellas radica en afirmar que los auténticos enemigos de Jesús no fueron los fariseos, sino el poder romano y sus colaboradores judíos, que eran los herodianos y saduceos. A este respecto, cree el tratadista que incluso el profeta de Nazaret pudo haber sido en sus comienzos un fariseo. Una nueva idea básica estriba en decir que los Evangelios achacaron a los fariseos la hostilidad contra Jesús en los años que median entre 70 y 110, cuando a la primitiva Iglesia interesaba el afirmar su lealtad a Roma, olvidando tanto sus vinculaciones con los hebreos, derrotados en la Primera Guerra Judaica, como el hecho de que el Nazareno hubiese sido un rebelde al dominio de los legados y amigos del Pueblo Rey. Por tanto, además de ocuparse de los orígenes del fariseísmo y de las razones de la equivocada versión que de esta αἰρεῖσις posec el Nuevo Testamento, H. Maccoby analiza en el presente capítulo las concomitancias de los fariseos con las tesis de Jesús de Nazaret en los pasajes evangélicos, que aluden a la recogida de grano y a la obligación de prestar ayuda en sábado (*Mateo* 12, 1-8; *Marcos*, 2, 23-28; *Lucas*, 6, 1-5; y *Juan*, 7, 23).

En el cuarto capítulo se estudian las reformas aportadas al judaísmo por los fariseos, que consistieron en una mayor lenidad en la aplicación de la pena de muerte y en un espíritu más abierto frente a las sospechas de adulterio, en el ingreso en Israel de amonitas y moabitas, y en los derechos de las mujeres. En los demás capítulos del volumen se consideran las ideas y prácticas del fariseísmo en torno al carácter y actividades de las sinagogas, la enseñanza religiosa, el calendario, la pureza ritual, la «Weltanschauung» y el amor al prójimo, terminando el libro con el estudio de las posturas, que asumieron los fariseos tras el arrasamiento en el año 70 dC del Templo de Jerusalén. En todos estos capítulos se aprecian diversas actitudes comunes de Jesús de Nazaret y los fariseos, que se relacionan con el uso de parábolas en la docencia espiritual y el proselitismo (páginas 64-68), el principio del arrepentimiento a modo de condición «sine qua non» del sacrificio (páginas 90-93), la obediencia a la pureza legal (páginas 104-107), el deber de unir los mandatos rituales al amor al prójimo (páginas 119-120) y la posibilidad otorgada a los samaritanos de llevar a cabo acciones agradables a Dios (páginas 123-125).

Posee interés, en la página 61, la idea de que la mal llamada «Iglesia de Jerusalén» es, realmente, la sinagoga de los nazaritas, de la misma forma que existían otras en la Ciudad Santa, vg. la sinagoga de los libertos, para ex-cautivos y antiguos esclavos, o aquéllas a las que asistían los cirneos, alejandrinos y cilicios. Tiene asimismo importancia, en las páginas 87-88, la hipótesis de que la entrada de Jesús en Jerusalén habría acaecido durante la Fiesta de los Tabernáculos, aunque su arresto y ejecución hubiesen ocurrido en la siguiente Pascua. El autor basa

esa teoría en las causas siguientes: a) el empleo de las ramas de palma y del grito «¡Hosanna!» por la muchedumbre, que sucedía en los Tabernáculos y no en Pascua; b) la maldición de la higuera (Mateo, 21, 19), que es más lógica en otoño que en primavera; y c) la visita de Jesús a Jerusalén en el transcurso de una Fiesta de los Tabernáculos, recogida en el séptimo capítulo del *Evangelio de Juan*, que no aparece en los demás sinópticos. Al aceptar esta teoría, se deja asimismo un mayor lapso de tiempo para el desarrollo de los avatares de la Pasión, que resulta muy precipitado en el decurso de una única semana.

A la obra de H. Maccoby pueden interponerse dos objeciones. Afecta la primera a la página 45. Al exponer allí el tratadista la sospecha de que Jesús fuera en sus orígenes un fariseo, habría debido asentarla en la extensión de la mencionada *ἀρετής* entre los artesanos independientes de Palestina, quienes constituían uno de los órdenes intermedios de la sociedad, del que formaba parte Jesús según C.H. Dodd (*The Founder of Christianity I*, Londres, 1979 -reimpr. -, página 127). A este respecto, es factible señalar que después de su primera prédica en la sinagoga de Nazaret, sus antiguos vecinos dicen de aquel profeta: «¿No es acaso el carpintero?» (*Marcos*, 6, 3) y «¿No es éste el hijo del carpintero?» (*Mateo*, 13, 55). La segunda objeción atañe a la página 90. Cuando H. Maccoby alude en ella a la necesidad, expresada por Jesús y los fariseos, de vincular indisolublemente la misericordia a los sacrificios, cita varios pasajes del Antiguo Testamento y de los escritos intertestamentarios, en los que esa obligación se fundamenta (*Isaías*, 1, 11-17; *Jeremías*, 6, 19-20; *Amós*, 5, 21-24; *Eclesiástico*, 7, 9; 31, 21-31; 32, 14-

26). Sin embargo, no menciona *Eclesiastés*, 34, 23, ni *Proverbios*, 15, 8, donde aparece idéntica idea.

Gonzalo Fernández

***El mundo de Atenas.
Introducción a la cultura clásica
ateniense***

Ed. The Joint Association
of Classical Teachers.

Trad. castellana de J. Bayo y
B. Usobiaga. PPU. Barcelona
1988, 475 p. con ilustraciones

Tenemos en las manos la traducción castellana del conjunto de estudios que ha reunido la Joint Association of Classical Teachers como material cultural complementario del método para la lectura del griego clásico *Reading Greek*. Se trata de una visión de conjunto de la cultura griega que en las propias palabras del epílogo «se ha centrado sin rubor en Atenas, ya que Atenas fue la *pólis* más importante, y no solamente porque nos hayan llegado más datos de ella que de cualquiera de las demás *pólis* contemporáneas», si bien el punto de vista seguido no llega a olvidar, aunque sea en una mirada de conjunto, que también existieron otros pueblos importantes en la antigüedad.

Los capítulos que comprenden la obra introducen una historia de Atenas hasta la muerte de Alejandro Magno. Enmarca esta historia el estudio de «El entorno físico» (capítulo I), con un amplio análisis de los datos y la evolución y desarrollo de Grecia y Atenas en particular. Bajo el epígrafe «El entorno metafísico» (capítulo II), se analizan

los aspectos derivados de la incidencia de la religión y los mitos en la conformación del pensamiento y la cultura griega. En el capítulo III, «Las obligaciones, los valores y las preocupaciones humanas» se consideran la serie de ideas que movían a los griegos a participar en la vida pública y por las que podían ser considerados como ciudadanos excelentes. «La sociedad ateniense» constituye el capítulo IV. Se describen en él las clases sociales, la organización de la familia, la educación y los aspectos del trabajo y la vida privada. La vida pública ocupa los capítulos V, «Democracia ateniense e imperialismo», y VI, «Atenas en guerra», en el que se describe la organización militar en la cual, obviamente, tiene carácter destacado la organización naval. Por último, el capítulo VII, «El mundo intelectual», ofrece una densa panorámica de los hitos de la literatura griega clásica analizando las causas y medios que la elevan a tan altísimo nivel.

El conjunto de aspectos estudiados en los distintos capítulos del libro queda apoyado en cada apartado por uno o varios fragmentos de textos griegos que documentan cuanto se escribe en cada tema. Para su utilización en las clases presenta una rica parte final como ayuda docente. Son los apartados de «glosario de términos» y los «índices de materias y pasajes citados», que son de gran utilidad práctica.

La versión castellana y la presentación de la obra entre nosotros está cuidada y será de gran utilidad, sin duda, en las clases, pero también para lectores que quieran tener una visión global del medio y del pueblo que dio origen a la cultura clásica occidental.

José Martínez Gázquez
